

1. ¿Y si Karl Marx tuviera razón?

«Todo lo sólido se desvanece en el aire».

Esta sentencia se halla en el *Manifiesto del Partido Comunista* que publicaron Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895) en 1848. Marx tenía 30 años y Engels apenas había cumplido los 28. Esta frase no puede ser más exacta para describir la esencia de nuestro mundo, un mundo en el que todo lo que es sólido se esparce en diminutas partículas que se volatilizan en el aire.

Esto ocurre no solo en el sentido material del término, también en el sentido inmaterial. Los sistemas que parecían sólidos se desvanecen en el aire, pero también los valores, las convicciones y los ideales que se creían resistentes e incólumes al paso del tiempo, se descomponen en la atmósfera. Tenemos la sensación de que nada permanece o, dicho de otro modo, que lo único que permanece es, precisamente, el cambio.

Instituciones que parecían sólidas se han extinguido como consecuencia de la crisis. Teorías que parecían indiscutibles han sido puestas entre paréntesis. La sentencia marxista y engelsiana está formulada en un momento de ruptura, de transformación social. Un mundo feudal y rural que se había mantenido en pie durante más de un milenio estaba experimentando una gran metamorfosis fruto de la Revolución francesa, de la Revolución industrial y del éxodo de las masas humanas del campo

a las grandes concentraciones urbanas. El campesino se transformaba en proletario y, con ello, emergía un nuevo estilo de vida, de producción, de consumo, y también de alienación. Irrumpía un nuevo mundo y se volatilizaba la organización social del *Ancien régime*.

Los sistemas que parecían sólidos se desvanecen en el aire, pero también los valores, las convicciones y los ideales que se creían resistentes e incólumes al paso del tiempo, se descomponen en la atmósfera.

Esta es, también, la percepción que tenemos en la actualidad. Todo lo que parecía sólido se desvanece en el aire. Un mundo político, social, económico, religioso, cultural se deshace, pero lo que emerge es informe, caótico, difícil de precisar, justamente, porque está emergiendo. Los valores tradicionales se descomponen, las creencias que habían sustentado a nuestros antepasados en los momentos críticos de sus vidas se desvanecen en el aire y la estructura social muta hacia nuevas formas que jamás se habían percibido. Nuestra relación con la naturaleza se está transformando fruto del cambio climático, y también la economía que ha regido el mundo en los últimos lustros está amenazada.

La misma sentencia puede aplicarse a los regímenes comunistas de la Europa Oriental. Aquella férrea estructura social, administrativa y burocrática que tenía pretensiones de eternidad y de universalidad se volatilizó. El *Homo sovieticus* y toda

la mitología que lo acompañaba se desvanecieron en el aire. El muro cayó.

La misma idea se puede aplicar a lo que en el presente se plantea como sólido e inalterable. Quienes, por ejemplo, consideran que el sistema neoliberal globalizado es una verdad inconmovible, capaz de resistir todo tipo de cambios y de revoluciones, también se equivocan. A los fatalistas se les debe recordar que el sistema económico vigente no es eterno y que, en cualquier momento, puede descomponerse. A los capitalistas triunfadores que están convencidos de que el mantra del liberalismo globalizado es una verdad eterna, que lo único que cuenta es el beneficio, se les debe advertir de que verdades supuestamente más sólidas y más repetidas en tiempos pretéritos duermen en el trastero de la historia de la humanidad.

Nuestro mundo cruje y todo parece indicar que el sistema que hemos edificado se puede desvanecer en cualquier momento. La injusticia entre el Norte y el Sur del planeta, la permanente amenaza del terrorismo islamista globalizado, la crisis ecológica mundial, los flujos migratorios de sur a norte y de este a oeste, las bolsas de marginación en las grandes metrópolis del mundo, el crecimiento demográfico exponencial a nivel planetario son factores que ponen de manifiesto la necesidad de un cambio de paradigma.

Incluso quienes nunca hemos sintonizado con el marxismo, ni siquiera con la filosofía marxista, tenemos que reconocer que esta sentencia contiene una gran verdad, especialmente cuando

es leída desde nuestras coordenadas actuales. El *Manifiesto* es un texto que ha experimentado todo tipo de vicisitudes: ha sido enaltecido casi como un texto sagrado, elevado a verdad científica desde el materialismo histórico, pero, al mismo tiempo, ha sido vilipendiado y odiado por miles de seres humanos que han sufrido, en sus propias carnes, el comunismo real transformado en totalitarismo.

Sus artífices dejaron grabada la célebre y repetida frase: «¡Trabajadores de todos los países, uníos!». Para bien o para mal, el *Manifiesto* transformó la faz del mundo contemporáneo, de tal modo que nada habría sido como es, en el plano político, social y económico, sin el extraordinario influjo de este documento.

Todo lo que parecía sólido se desvanece en el aire. Un mundo político, social, económico, religioso, cultural se deshace, pero lo que emerge es informe, caótico, difícil de precisar, justamente, porque está emergiendo.

Todo lo sólido se desvanece en el aire (All That Is Solid Melts into Air) es también el título de un libro escrito por Marshall Berman, entre 1971 y 1981, y publicado en Nueva York en 1982. El libro examina la modernización social y económica y su relación conflictiva con el modernismo. El título del citado texto, tomado del *Manifiesto del Partido Comunista*, revela la capacidad del capitalismo de disolver vínculos sociales tales como el patriarcado y la subordinación feudal.

Después de la caída del muro de Berlín (aquel 9 de noviembre de 1989), muchos condenaron a Karl Marx a una especie de ostracismo intelectual. Otros salieron en su defensa y condenaron el sistema que había sucumbido que, según ellos, poco o nada tenía que ver con las intuiciones del joven Marx. Más allá de la contienda intelectual, más allá de las modas y de los tribalismos filosóficos, los grandes pensadores, y Marx es uno de ellos, siempre dan que pensar.

Contra todo pronóstico, la sentencia que destacamos del *Manifiesto*, es la mejor descripción de nuestro presente. Esta frase debería estar en el frontispicio de la sociedad gaseosa, pero no solo como una mera descripción de lo que hay en ella, sino también como un antídoto a toda forma de fanatismo.

Quienes transformaron el proyecto de Karl Marx en un esfermento burocrático, político y social, en una imagen deformada y grotesca de la utopía descrita en sus textos, no tendrían que haber olvidado jamás esta sentencia del *Manifiesto*. Hubiera sido un buen antídoto a su fundamentalismo.

Morgovejo, agosto 2017